

ANTONIA
FRASER

María
Antonieta

LA ÚLTIMA REINA

La vida de María Antonieta estuvo marcada desde el principio por el contraste y el desgarró. Hija del emperador Francisco I de Austria, con apenas catorce años fue enviada a París para contraer matrimonio con quien llegaría a ser el rey de Francia, Luis XVI, en lo que en apariencia era una astuta alianza política. Sin embargo, María Antonieta no tardó en ganarse fama de mujer frívola y en exceso aficionada a la intriga política, lo que desató todo tipo de rumores y maledicencias. Con la llegada al trono de su esposo, su dominio sobre el rey se tradujo en una poderosa influencia política, que su familia supo manipular en función de sus intereses, y que entre los franceses desató la acusación de favorecer las ambiciones austríacas (que venía a añadirse a otras tan diversas como las de lesbianismo, gastos descontrolados, oposición a todo reformismo, etc.).

Las mismas dificultades que tuvo que afrontar, en un ambiente receloso cuando no hostil, y los turbulentos acontecimientos que desembocaron en su ejecución en la guillotina en 1793, convirtieron a María Antonieta en una de las mujeres de personalidad más rica, compleja y fascinante que nos ha legado la historia.

En esta espléndida obra, que sirvió de base al guión cinematográfico de Sofia Coppola sobre el personaje, Antonia Fraser nos ofrece una mirada nueva y desprejuiciada sobre una mujer y un tiempo irrepetibles.

«El retrato más convincente que puede leerse hoy de María Antonieta».

Publishers Weekly

Índice de contenido

Cubierta

María Antonieta

Advertencia

Árbol genealógico

Mapa

Nota de la autora

Abreviaturas usadas

PRIMERA PARTE. Madame Antoine

Capítulo 1. Una archiduquesa pequeña

Capítulo 2. Nacida para obedecer

Capítulo 3. Grandeza

Capítulo 4. Les he enviado a un ángel

SEGUNDA PARTE. La delfina

Capítulo 5. La felicidad de Francia

1er. portafolio de imágenes

Capítulo 6. Ante el mundo entero

Capítulo 7. Una extraña conducta

Capítulo 8. El cariño de un pueblo

TERCERA PARTE. Reina consorte

Capítulo 9. Una verdadera diosa

2º portafolio de imágenes

Capítulo 10. ¿Una mujer infeliz?

Capítulo 11. Tú serás mía

Capítulo 12. Satisfacer sus deseos

CUARTA PARTE. Reina y madre

Capítulo 13. Las flores de la corona

3er. portafolio de imágenes

Capítulo 14. Adquisiciones

Capítulo 15. ¡Detened al cardenal!

- Capítulo 16. Madame Déficit
- Capítulo 17. Al borde del naufragio
- Capítulo 18. Odiada, humillada y afrentada
- QUINTA PARTE. La austríaca
- Capítulo 19. Su majestad, la prisionera
- 4° portafolio de imágenes
- Capítulo 20. Grandes esperanzas
- Capítulo 21. Salida a medianoche
- Capítulo 22. Al emperador corresponde
- 5° portafolio de imágenes
- Capítulo 23. Violencia y furia
- Capítulo 24. La Torre
- SEXTA PARTE. La viuda Capeto
- Capítulo 25. Desdichada princesa
- 6° portafolio de imágenes
- Capítulo 26. La cabeza de Antonieta
- Capítulo 27. Epílogo

Bibliografía

Sobre la autora

Notas

Para Harold, el primer lector

Advertencia acerca de las notas

Esta es una obra rigurosamente documentada de cuyas fuentes se informa en las múltiples notas que contiene, de dos clases principalmente: las **Notas Bibliográficas** y las **Notas de la autora**.

En este e-book las notas se han dispuesto como sigue:

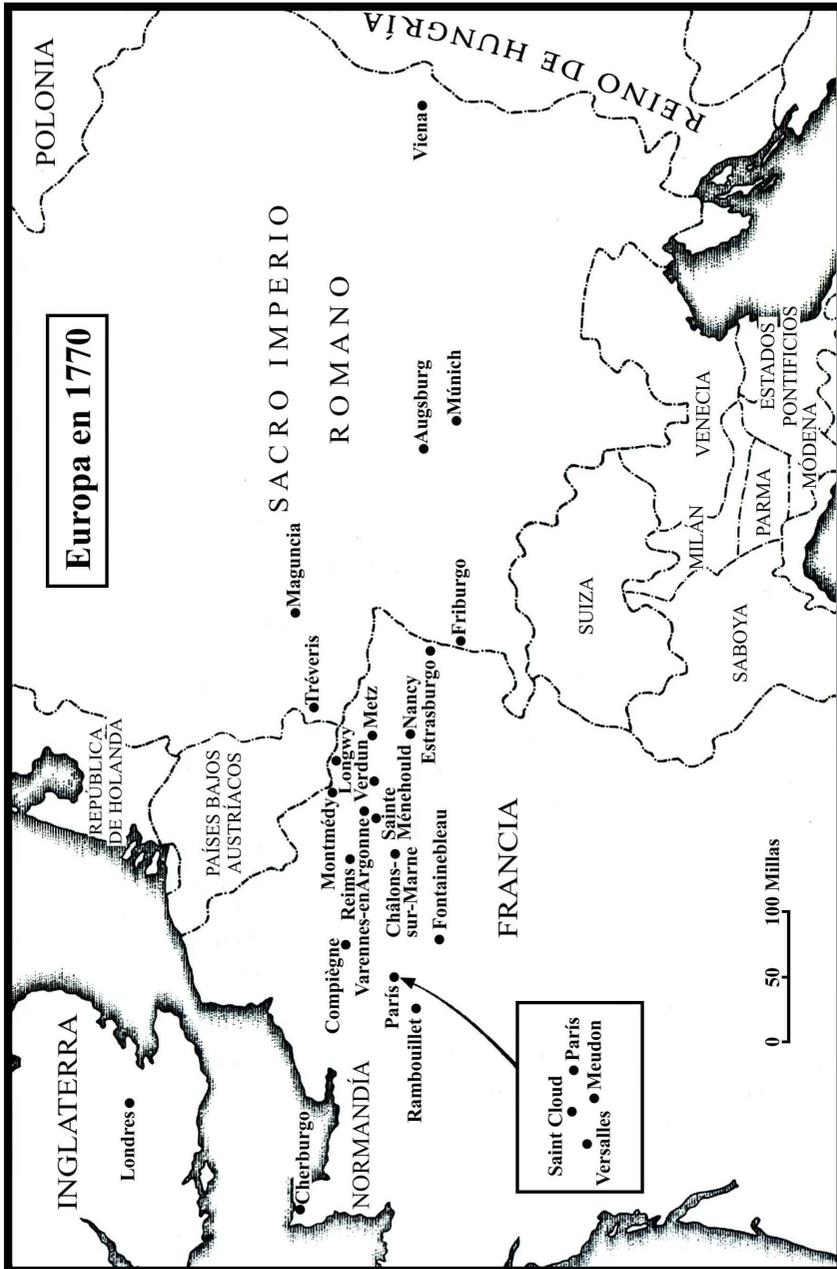
[1] [2] [3]: Notas bibliográficas (útiles para historiadores o ensayistas).

[1•] [33•]: Notas bibliográficas con complementos informativos de la autora.

[*]: Notas de la autora (Indispensables, como complemento informativo histórico).

.....

[NeD]: Una nota del Editor digital, con una aclaración pertinente.



Nota de la autora

«*Et in Arcadia Ego*: Incluso en la Arcadia acecha la muerte». El contraste entre el «esplendor y la alegría» de los primeros años de la vida de María Antonieta y el sufrimiento de los últimos recordaba a Madame de Staël el magnífico cuadro de Poussin sobre la omnipresencia de la muerte, en el que unos pastores que se deleitan en un claro del bosque quedan estupefactos al descubrir un sepulcro con esa amenazadora inscripción. Sin embargo, una mirada retrospectiva puede adulterar la historia. Al escribir esta biografía, he procurado que el lúgubre sepulcro no proyectara su presencia demasiado pronto. Tanto lo elegíaco como lo trágico deben ocupar un lugar, tanto las flores y la música como la revolución y la contrarrevolución. Ante todo, he intentado, cuando menos dentro de lo humanamente posible, contar la historia de María Antonieta sin anticipar el terrible final.

Mi preocupación ha sido desarrollar dos aspectos principales del viaje de esta reina francesa nacida en Austria. Por una parte, el suyo fue un viaje político importante, en el que partió de su tierra natal para ejercer de embajadora — o agente— en un país predominantemente hostil donde ya antes de llegar la llamaban «*l'autrichienne*». Por otra parte, se trata del viaje de un desarrollo personal, desde la esposa incapaz que era a los catorce años, a la mujer madura y muy distinta en que se convirtió dos décadas después.

Durante este viaje, he tratado de aclarar los mitos crueles y las tergiversaciones obscenas que se han asociado a su nombre. Sobre todo, la que se refiere al conocido incidente según el cual María Antonieta instaba a los pobres para que, a falta de pan, comieran bollos. Esta historia se atribuyó por primera vez a la princesa española que contrajo matrimonio con Louis XIV cien años antes de llegar María Antonieta a Francia, y se repitió con otras princesas a lo largo del siglo XVIII. Es posible que como útil tópico periodístico nunca muera. Sin embargo, no sólo se atribuyó la historia erróneamente a María Antonieta, sino que no habría sido propio de ella. Más propio habría sido, siendo una mujer demasiado altruista para su época, tener el impulso de ofrecer su propio bollo [o *brioche*] a un hambriento. En cuanto a la vida sexual de la reina —¿amante insaciable?, ¿lesbiana voraz?, ¿heroína de una única pasión romántica?—, he tratado asimismo de aplicar el sentido común en un ámbito que siempre quedará sujeto a conjeturas (como así fue, de hecho, en su propia época).

Un biógrafo tiene sus momentos personales de percepción, cuya importancia reconocieron los hermanos Goncourt, admiradores y biógrafos de la reina, en 1858: «Un momento en el que no se tiene la muestra de un vestido ni la carta de una cena es para nosotros un momento muerto, un momento irrevocable». Lafont d'Aussonne, autor de uno de los primeros estudios de la época posterior a la Restauración (1824), encontró una espiga de trigo hecha de hilo de plata en el suelo de la antigua habitación de la reina en Saint Cloud durante una subasta y la guardó en el bolsillo. Doscientos años después de la muerte de María Antonieta, se me pidió que me pusiera guantes blancos para inspeccionar las minúsculas piezas de tela del muestrario de ropa conservado en los Archivos Nacionales de Francia. Esta petición me pareció tan apropiada como afectada. Las marcas de la aguja que había hecho la reina para señalar el traje del día aún eran visibles. Ahora bien, no tuve el impulso de

emular el hurto fetichista de Lafont d'Aussonne, aunque sólo fuera por tener muy cerca, detrás de la silla, a dos gendarmes.

En las memorias que escribió justo antes del desastre, la baronesa de Oberkirch describía una estampa inolvidable: cuando los aristócratas regresaban en carrozas de Versalles tras un baile que había durado toda la noche, los campesinos ya habían empezado sus rondas bajo el resplandeciente sol de la mañana. «¡Qué contraste entre esos semblantes serenos y satisfechos y nuestro aspecto extenuado! Ya no nos quedaba colorete en las mejillas, ni polvos en el pelo [...], no éramos una imagen grata a la vista». Parece que esta imagen resume los contrastes del Antiguo Régimen en Francia, incluida la asunción de la baronesa de que los campesinos estaban serenos y satisfechos. Lo cierto es que la abundancia de testimonios de la época y de la vida de María Antonieta me proporcionó información directa para mi estudio. Aquellas que sobrevivieron sintieron una necesidad acuciante de aliviar el trauma y dejar constancia de la verdad, una compulsión a menudo disimulada con discreción como un obsequio a sus descendientes. «*C'est pour vous, mes enfants [...]*», escribió al principio de sus memorias Pauline de Tourzel, que presencié algunos de los horrosos incidentes de los primeros días de la Revolución. Dudo que haya otra reina en la historia que haya sido tan bien servida por sus cronistas femeninas.

* * *

En un libro escrito originalmente en lengua inglesa sobre un tema francés (y austríaco), ha surgido un problema evidente de traducción que no tiene fácil remedio. Lo que para algunos lectores puede quedar poco claro hasta el abu-

rimiento, para otros puede ser evidente hasta la crispación. En general, he preferido traducir a no hacerlo a fin de ser lo más clara posible. En cuanto a nombres y títulos, también he antepuesto la claridad a la coherencia, por lo que aun cuando algunas decisiones puedan parecer arbitrarias, el propósito ha sido la inteligibilidad del texto. En lo relativo a la moneda del siglo XVIII, ya se conoce la dificultad que supone dar una aproximación de la equivalencia moderna, de modo que en general he evitado hacerlo. No obstante, un cálculo reciente equiparaba una libra esterlina de 1790 con 45 libras de 1996; había unas 24 *livres* en una libra durante el reinado de Luis XVI^[1]. Como siempre, ha sido un placer y un privilegio realizar mi propia investigación, salvo en el caso en que agradezco específica y profundamente la ayuda de determinadas personas. En los apartados «Notas» y «Bibliografía» aparece una lista de las referencias, a las que debo la misma gratitud.

Deseo agradecer a su majestad la reina de Inglaterra el permiso concedido para usar y citar documentos de los Archivos Reales, así como a lady de Bellaigue, conservadora de los Archivos Reales de Windsor. Agradezco al duque de Devonshire, por concederme permiso para citar textos de las Colecciones Devonshire y al señor Peter Day, conservador de la Colección Chatsworth; también a la doctora Amanda Foreman y a la señora Caroline Chapman, que me facilitaron referencias a la colección del quinto duque. La señora Jane Donner me dio permiso para citar el diario de lady Elizabeth Foster (inérito hasta la fecha): el doctor Robin Eagles me dejó leer su tesis doctoral «*Francophilia and Francophobia in English Society 1748-1783*» (Oxford, 1996), publicada en el ínterin. Jessica Beer me prestó una ayuda inestimable para organizar la investigación en el palacio Hofburg de Viena y me acompañó en las expediciones a los escenarios donde transcurrió la infancia de María Antonieta. Christina Burton realizó una investigación útil sobre Fersen en Suecia; el padre Francis Edwards de la Socie-

dad de Jesús me guió en las consultas canónicas; el profesor Dan Jacobson me proporcionó material sobre la historia judaica primitiva del chivo expiatorio; Cynthia Liebow ha sido en todo momento una experta «habilitante» en París; Katie Mitchell me dio a conocer el sentir de Genet por María Antonieta; la señora Bernardette Peters, ex archivista del Coutts Bank, indagó en estos archivos de mi parte; mademoiselle Cécile Coutin, vicepresidenta de la Association Marie-Antoinette, me facilitó información sobre los textos de María Antonieta y la conmemoración de 1993; el señor J. E. A. Wickham (máster en Ciencias, doctor en Medicina, licenciado en Ciencias, miembro del Royal College of Surgeons, el Royal College of Physicians y el Royal College of Radiologists) me informó sobre la fimosis. Estoy en deuda con las conversaciones, los consejos y los comentarios críticos del doctor Philip Mansel, monsieur Minoret, el doctor Robert Oresko y el doctor John Rogister. El profesor T. C. W. Blanning supervisó los posibles errores del texto, de modo que los que queden son, claro está, míos.

El vizconde de Rohan, presidente de la Société des Amis de Versailles, fue un distinguido guía en los secretos de Versailles. Deseo agradecer al doctor Lauger, agregado de prensa del presidente de la República de Austria, y a Mag por permitirme el acceso a la sala donde nació María Antonieta. Asimismo, gracias a Christina Schütz del IIASA, en Laxenburg, por la visita al palacio. El Consejo Turístico de Austria fue de gran ayuda al conseguirme información actualizada sobre Mariazell, así como el gendarme Klein de la Gendarmerie de Varennes-en-Argonne, Madame Vagnère de la Oficina de Turismo de Sainte Ménehould y de la Gendarmerie de Sainte Ménehould, al proporcionarme datos relevantes sobre la huida a Varennes.

Muchísimas personas me han ayudado de diversas maneras: el señor Arthur Addington; el señor Rodney Allen; el doctor L. R. I. Baker; el profesor Colin Bonwick; la señora Anka Begley; la señorita Sue Bradbury de la Folio Society;

el profesor John Beckett; el doctor Joseph Baillio; el doctor David Charlton; la doctora Eveline Cruickshanks; el profesor John Ehrman; la señora Gila Falkus y mi ahijada Helen Faulkus, la primera a quien confié la posibilidad de realizar este proyecto; el señor Julian Fellowes; mademoiselle Laure de Grammont; el señor Ivor Guest; la señora Sue Hopson; el doctor Rana Kabbani; la señora Linda Kelly; el doctor Ron Knowles; monsieur Karl Lagerfeld; la señora Jenny Mackilligan; el señor Ben Macintyre; el señor Bryan Maggs de la Maggs Bros; el señor Alastair Macaulay; el señor Paul Minet de la Royalty Digest; el señor Geoffrey Munn de Wartski; el señor David Pryce-Jones; la señora Julia Parker, diplomada por la Faculty of Astrological Studies; la profesora Pamela Pilbeam; la señorita Juliet Pennington; la señora Renata Propper; la profesora Aileen Ribeiro; lord Rothschild; sir Roy Storn; Madame Chantal Thomas; lord Thomas of Swynerton; el señor Alex M. Thompson; monsieur Roland Bossard, jefe de documentación del palacio de Versalles; el señor Francis Wyndham y la señora Charlotte Zeepvat.

El personal de las siguientes bibliotecas merecen mi agradecimiento: la Biblioteca Británica; en París, los Archivos Nacionales de Francia, Madame Michèle Bimbenet-Privat y la Biblioteca Nacional; el Public Record Office y el doctor A. S. Bevan, del Reader Information Service Department; la biblioteca del Museo Victoria y Albert; en Viena, el Hofburg Haus-Archiv. Mis editores a ambos lados del Atlántico —Nan Tálese, Anthony Cheetham, Ion Trewin y mi excelente editora Rebecca Wilson— fueron de lo más serviciales, así como mi agente Mike Shaw y mi ayudante Linda Peskin, con su máquina mágica. El incomparable Douglas Matthews se encargó del índice.

Como de costumbre, algunos miembros de mi familia me apoyaron sobremanera, sobre todo mi «familia francesa», Natasha Fraser-Cavassoni y Jean Pierre Cavassoni, mientras que mi hermano Thomas Pakenham realizó una interesante consulta botánica. Estoy en deuda con mi hija,

Flora Fraser, pues con su conocimiento del siglo XVIII y sus recursos, me guió en Windsor. Por último, y como todo aquel que ha estudiado a María Antonieta en la actualidad, debo un enorme reconocimiento a Liliane de Rothschild. Su mezcla de erudición y entusiasmo sin par ha sido una fuente de inspiración constante durante los cinco años que he dedicado a este libro. Como ella misma dijo: «*Vive la reine!*».

ANTONIA FRASER
Día de Todos los Santos de 2000